

M^a Amor Martín Fernández :

Lo primero dar las gracias a mis compañeros de mesa, por sus aportaciones brillantes y apasionantes. Yo le quiero contestar porque cuando ha dicho, “este mundo” y nos ha puesto, nos ha confrontado con la realidad, lo que surge inmediatamente es la pregunta “¿Qué tenemos que hacer?” Esa pregunta, que no es una actitud, un sentimiento visceral que surge, sino que es mirar lo que nos rodea, ver lo que tenemos alrededor, conmovernos y pensar nuestra realidad con el corazón y disponernos inmediatamente a hacer algo, para que este mundo sea más justo y en paz.

Mi aportación, cuando pensaba qué podría yo aportar aquí, creo que, no sé si son cosas de mujer, pero la aportación es volver a lo que es genuino nuestro, a lo que nos sale de dentro, y lo que nos sale de dentro es volver a lo que somos. El Papa Francisco habla de cambiar la “cultura del rechazo”, que nos atrinchera en guetos y en el miedo y que hace que veamos al otro e intentemos marginarlo para que no nos cree problemas, a la “cultura del encuentro”. Esa “cultura del encuentro”, que es convivir, es fundamental para la construcción de la paz y de una convivencia sana y pacífica. Pero convivir es encontrarse y no se encuentran, no nos podemos encontrar si no nos reconocemos. Lo que hay de común, lo que hay de admirable en los seres humanos es nuestra absoluta dignidad, la absoluta dignidad del ser humano. La persona, cada uno de nosotros, valiosa en sí misma, por sí misma y por encima de cualquier valor y de cualquier institución, y de cualquier raza, y de cualquier religión, y de cualquier sistema político o social.

Ese reconocimiento de la dignidad humana, sustrato de muchas religiones como hijos de Dios, nos hace enfrentarnos y llegar a reconocernos como hermanos. Si no nos reconocemos como hermanos la paz mundial será imposible.

Por otra parte, si todos somos hermanos, no puede haber hermanos de primera, de segunda y de tercera categoría. Hasta que no seamos capaces de establecer una justicia mundial, seguiremos teniendo problemas.

El “Documento sobre la Fraternidad Humana por la Paz Mundial y la Convivencia” firmado en febrero, decía que “se trata de reconocer al otro como un hermano que se debe cuidar, sostener y amar”. Pero nadie, ninguno somos capaces de amar lo que desconocemos. Si no recuperamos ese concepto elemental de que el otro es mi hermano, que me interesa como persona en su propia dignidad, seguiremos dando vueltas en un círculo del que no podremos salir. Y el conocimiento de los demás es el único antídoto contra el miedo. El miedo vuelve a las personas y a las sociedades ambiciosas por querer ganar, prevalecer, imperar sobre otros, o los convierte en sumisos por el temor de perder lo que tenemos con la anulación de la libertad y el sometimiento que eso supone.

Pero sólo sirve un conocimiento que sea experimentado y vivido, no vale con reconocer la diversidad y mirar para otro lado. La “cultura del encuentro” supone esforzarse por conocer al otro, entrar en su experiencia, captarla desde dentro, meterse en su piel, en su historia, en su patrimonio espiritual, intercambiar dones, cultivar los vínculos y trabajar juntos.

Se ha difundido el pensamiento de que la convivencia sólo sería posible escondiendo nuestras propias convicciones, incluso las religiosas, y encontrándonos en una especie de territorio neutro. Pero es precisamente la grandeza y la identidad de cada uno lo que nos hace poder caminar juntos, que nos aceptemos respetuosamente, y eso es lo que nos hace, como ya se ha dicho aquí, ricos y fuertes.

Nada de lo que dicho hasta aquí se puede hacer sin la intermediación del diálogo. El diálogo está hecho con palabras. Ellas tienen el poder de organizar el mundo, lo muestran desde su óptica y nos hacen entenderlo. Las palabras, ya se ha dicho aquí, no son neutras, nunca son inocentes, son un arma poderosa. Tenemos que crear una narrativa de convencimiento absoluto de que el ser humano puede vivir en paz. Esto es importante, porque las palabras son tan cotidianas que no nos damos cuenta de la importancia que tienen. Y ¿qué decir de la Palabra con mayúsculas, que une a nuestras religiones? Por ello no me he resistido a hablar de ella aquí.

Decía Pablo Neruda: “amo tanto las palabras... Tienen sombra, transparencia,..., tienen de todo lo que se les ha ido agregando de tanto rodar por el río, de tanto migrar de patria, de tanto ser raíces,...”. Las palabras no son inocentes. Llevan con ellas todo nuestro pasado, pero además tiene el poder de proyectarnos hacia el futuro. Son poderosas. Pueden ser pacíficas o exterminadoras, sinceras o engañosas, seductoras, subversivas o amantes.

El lenguaje humano es el arma de comunicación por excelencia, pero también, en demasiadas ocasiones se convierte en una eficaz arma de poder: engaña, manipula, impone unas lenguas sobre otras, unas ideas sobre otras, difunde prejuicios, estereotipos, expresiones discriminatorias, contribuyendo así, de una manera clara y sin que nos demos cuenta, al establecimiento de una realidad y unas relaciones humanas injustas.

Por el contrario, el diálogo nace cuando soy capaz de reconocer que el otro es un don, que tiene algo que decirme, y me decido a escucharlo. Entonces la palabra derriba muros, se enfrenta a las divisiones y a las incomprensiones, crea puentes de comunicación y hace que nadie se sienta aislado.

Esta es la propuesta: convertir la convivencia y el encuentro con los demás en una experiencia humana de incalculable valor.

Jorge Luis Borges decía que había pensado alguna vez, que una persona que está enamorada ve a la otra como Dios la ve, es decir, de la mejor manera posible. Muy bien, la esencia de un verdadero encuentro es acercarnos gratuitamente sin esperar nada a cambio, sólo maravillados y respetuosos con la dignidad personal de quien tenemos enfrente. Este convencimiento profundo, cuando se transmite, y lo escuchábamos ayer de experiencias personales, cambia actitudes, reconcilia lo imperdonable, cura lo enfermo y recompone lo roto.

Esa hondura del encuentro, aceptando que las personas de cualquier cultura, raza, religión, lugar, piensan, conocen, sienten, se alegran, sufren, lloran, aman, creen y crean, eso es lo que hará y provocará la erradicación de las actitudes y realidades que insisten en marcar las diferencias.

Y termino con una alusión a la esperanza. Que nadie nos convenza, y esto se lo digo sobre todo a los que son jóvenes, a los que estáis ya liderando, tenéis ámbitos de liderazgo, y también tendréis en vuestras manos la posibilidad de formar a otros, que formarán a su vez a una generación que todavía no ha nacido, y tal vez, para los cuales, nuestras recomendaciones de hoy ni siquiera sirvan, pero tenéis que instalar en sus cabezas, hacer lo posible por que tengan un corazón, una mente y un alma creativa, que sean capaces de dar siempre una respuesta que esté basada en la verdad, en la bondad y en la belleza. Para ello es necesario, como decía al principio, darse cuenta, saber mirar y ver, y hacer que nuestros conocimientos de lo que sucede, nuestros sentimientos por la paz y la convivencia nos hagan movernos por un mundo que sea más justo, más libre y en paz.